

mañana lo proclamará como electo para regir los destinos de la nación.

La primera tesis que propuse está suficientemente demostrada con lo ya expuesto; paso ahora á estudiar brevemente la segunda tesis, pues aun tengo que estudiar la parte más interesante de la misión que se me ha confiado.

Así, pues, voy á tratar de examinar si en efecto el trabajo atrae el capital.

Ya cité á Carnegie, que por medio de su trabajo levanta un formidable capital, á Rockefeller, el rey del petróleo, que de humilde sirviente del cura de su aldea, se levanta á la categoría de potentado, haciendo temer con su "trust" de la Estandard Oil, el monopolio del petróleo en nuestra República. A Krupp, que desde un humilde taller, se levanta con sus blindajes para construir las grandes fábricas que llevan su nombre en Alemania.

A Westinhouse con sus frenos automáticos.

A Howe con su invento de la aguja de coser en máquina.

Y en otro orden de ideas, á Yersin, con su suero anti-pepestoso.

A Pasteur, á Roux, y tantos otros que en la lucha por la vida han vencido con su constancia y su trabajo, luchas que se transforman en espléndidos torneos, cuando el cable nos anuncia la apertura de alguna exposición, verdaderos certámenes del trabajo.

Aquí tenemos, por último, ese gran esfuerzo de la labor humana, que se llama "The New York Herald," periódico que nace, por decirlo así, de una manera singular. En sus principios, el fundador tenía por silla una caja vacía, por pupitre una tabla colocada sobre dos

barriles, y por capital doscientos dollars, es decir, lo indispensable para que el periódico viviera una semana.

El fundador era, á la vez, propietario, editor y redactor.

Hoy da ocupación á setenta cajistas, veinte conductores de máquinas, una multitud de aprendices y mozos, un ejército de repartidores y vendedores. Se imprime en una hora, y es el primer periódico de los Estados Unidos.

Entre sus hazañas, cuenta la de haber mandado á Stanley á buscar á Liwinston, y ha armado buques de vapor, propios para explorar las regiones árticas del polo.

En consecuencia, el trabajo no es fuerza contraria del capital, y por lo que ya expusimos antes, el capital tampoco es fuerza contraria al trabajo.

De estas dos conclusiones se desprende que el capital y el trabajo no son fuerzas antagónicas.

Pero muchas veces el trabajo lucha sin encontrar un capital debido.

Aquí tenemos, por ejemplo, á las infelices mujeres que van á trabajar á las profundidades de las minas de Bélgica, donde pasan el resto de su existencia sepultadas en profundidades de más de dos mil pies bajo el nivel del suelo.

Desde los catorce años se pasan la vida trabajando doce horas diarias, arrancando á las entrañas de la tierra sus tesoros. Aquí tenemos á tantos héroes de su deber, sacrificándose por el cumplimiento de sus obligaciones, como el bombero William Mac Mally, muerto recientemente en un incendio de Nueva York, por salvar á un anciano que se asfixiaba en el piso más alto de la casa.

El Jefe de los bomberos, al ver que se moría Mac Mally, se le acercó diciéndole: "El cuerpo de bomberos está formado por valientes; pero usted es el más valiente de todos."

El héroe murió con una sonrisa al oír esto, encontrando como única recompensa de su trabajo aquel elogio, que como un grato perfume, se llevaba á la tumba.

Pero en estos casos y en otros parecidos, puede decirse que el capital ¿es fuerza contraria al trabajo?

Para resolver esta cuestión, paso á la segunda parte de mi estudio, concebida en los términos siguientes:

En particular: tiene el capital manifestaciones de tal naturaleza, que representa en ciertas ocasiones una fuerza contraria al trabajo.

Si pudiéramos comparar á la armonía que existen entre el capital y el trabajo á toda una entidad orgánica, y pudiéramos decir que constituye todo un organismo, sin temor de equivocarnos, podríamos afirmar también, que ese organismo tiene y padece sus enfermedades, á veces tan agudas que los poco observadores en asuntos económicos ven en esas enfermedades algo así como fuerzas antagónicas que luchan y tratan de destruirse.

Pero ese antagonismo de semejantes fuerzas, no existe, sino por un error de observación y por una exageración en la apreciación de los síntomas.

Las enfermedades, por decirlo así, á que está sujeto el organismo llamado "armonía entre el capital y el trabajo," son de tal trascendencia, que siempre significan interés para todo hombre civilizado, pues la sociedad toda se conmueve cuando ese organismo se encuentra afectado, porque la sociedad y nadie más que la sociedad, es la que resiente todos los efectos de semejantes alteraciones.

Voy á examinar esas enfermedades, por el grande interés que despiertan, y por ser objeto principal de esta Conferencia.

No ha muchos años, se dió en Alemania una ley contra las Compañías extranjeras de Seguros por la cual se exigía á éstas dieran cuenta pormenorizada y periódica de los fondos que manejaban, y que invirtieran cuando menos el importe de las reservas en el mismo país alemán.

Esta ley se dió, porque así lo demandaban los intereses de los nacionales.

Las Compañías, á esta sabia ley, formularon una inconcebible oposición, y notificaron al Gobierno que se retirarían, continuando explotando algunas de ellas, sin embargo, concesiones particulares de algunos de los Estados alemanes.

El resultado á la desobediencia de esa ley, es que esas Compañías hayan sido expulsadas del territorio alemán, dejando por completo de existir desde el 30 de Junio del presente año, algunas de origen americano, inglesas y escandinavas.

¿Por qué las Compañías de Seguros se rehusaban, en su poderío de capitalistas, á dar las garantías á sus asegurados, que forman generalmente un gran grupo de la clase trabajadora, que busca un capital, con el ahorro de sus economías, de las cuales eran depositarias las Compañías de Seguros expresadas?

En el fondo de esta cuestión se ve palpablemente que el capital llamado Compañías, se divorciaba del trabajo, llamado en el caso asegurados.

No quiso el capital dar garantías al trabajo, y el capital fué expulsado, considerándosele, por lo mismo, como perjudicial.

¿Existía un aparente antagonismo entre el capital y el trabajo? en realidad, lo que había era una enfermedad á la que se le aplicó un enérgico remedio: la expulsión.

El estado antagónico entre el capital y el trabajo, puede observarse de una manera admirable en el juego.

Monte Carlo es el enemigo más formidable que puede tener un taller. Los dos mil ochocientos setenta y cinco millones de francos que según cálculos, se juegan anualmente en ese Casino del principado de Mónaco, son el latigazo más infame que el dinero de los ricos puede dar al trabajo de los pobres.

El juego es la enfermedad más aguda del organismo que venimos examinando, y tan esto es así, que el que juega es el infame bandido que roba al trabajo sus más preciosas horas, y á su hogar la tranquilidad y el honor, para verlos convertidos por el efecto de un albur, en un miserable dollar que podía, muy bien, haber adquirido con el esfuerzo de su brazo y con el honrado sudor de su rostro.

Otra de las enfermedades más palpitantes que tenemos que examinar, es la moderna esclavitud del niño en esa liberal nación conocida con el nombre de Estados Unidos del Norte.

No ha muchos días, el "New York American" publicaba un interesante editorial tratando la cuestión.

En los Estados Unidos desde hace más veinticinco años se ve á muchachos de ocho á doce años, con rostros pálidos y descoloridos, manejando bobinas en una

fábrica de Connecticut; niños de cuatro á cinco años empleados en las fábricas de tabacos de New York y Brooklin; se ha visto trabajar á niñas tan pequeñas, que para alcanzar su trabajo, se trepan á una silla, y á muchachos de siete años, dedicados á trabajos nocturnos en las minas de carbón de Pensilvania.

¿Y los padres qué hacen entretanto?

Los informes oficiales declaran que vagan por las calles fumando sus pipas, y al medio día van á almorzar con el dinero miserablemente ganado por sus pequeños.

Otro de los síntomas que revelan cierto antagonismo entre el capital y el trabajo, es la cuestión eterna que ha agitado desde hace siglos á los irlandeses con relación á sus señores.

Inglaterra se ha opuesto siempre á reconocer á los irlandeses la propiedad de tierras en territorio irlandés, fundada en ciertos antecedentes históricos.

En este caso se ve á los ricos Lores de Inglaterra negar una fracción de tierra á los trabajadores irlandeses.

La cuestión parece que toca á su fin. Ya era necesario el remedio, y el Lord Wydhman ha presentado un interesante proyecto.

Las huelgas son también síntomas reveladores de una intensa alteración entre el trabajo y el capital.

Aquí en México, afortunadamente, no asumen las masas obreras la terrible actitud con que se muestran en Europa y en los Estados Unidos; sin embargo, parece que no por eso dejan de ser menos frecuentes.

Nuestra atención en estos días ha estado fija con motivo de las huelgas de Orizaba, Monterrey y la provocada por unos trabajadores mexicanos en California.

La huelga de Monterrey, provocada por el capital que pretendía abusar del trabajo, tuvo como consecuencia inmediata el que los trabajadores pretendieran imponerse al capital, aumentando sus exigencias y como conclusión, un nuevo arreglo entre obreros y patronos, con la mediación del señor Presidente de la República.

La huelga de Orizaba fué motivada por la presencia de un individuo, teniendo como inmediato resultado, el que 690 trabajadores y su familias sufrieran las consecuencias de su inacción.

Terminó después de varios incidentes, con la aceptación de los obreros, de las antiguas tarifas.

La huelga de mexicanos en California obedeció más que á otras causas, á la imprudencia de los trabajadores que ignoraban por completo las condiciones del medio en que iban á trabajar.

Examinando estas huelgas, un conocido escritor declara que ellas no pueden considerarse como el síntoma de esa lucha entre el obrero y el patrón por haber obedecido á causas enteramente incidentales.

Sin embargo, ellas son el síntoma de lo que podrán ser en el porvenir, si un sentimiento de verdadera justicia no rige en lo sucesivo la conducta de los patronos respecto de sus trabajadores.

Con motivo de esa lucha entre el capital y el trabajo, del cual son nota revelante las huelgas, se han ensayado algunos procedimientos para destruirlas.

Con motivo de una huelga notable en Holanda, se enviaron á las fábricas á los individuos del ejército, que

llevaban consigo la disciplina, desconocida por los huelguistas.

Otras veces, como aconteció en la huelga de criados de Nueva York, se unen todos los patronos y rebaten con éxito la huelga, no aceptando más el servicio de los revoltosos. En fin, se ven verdaderos rasgos de ingenio tanto por parte de los capitalistas como por parte de los trabajadores, para hacer triunfar su respectiva causa.

Pero entre todos los medios que se han puesto en práctica para que esas luchas no puedan realizarse, indudablemente los más serios son los siguientes:

Una ley del trabajo, dada por todos los interesados, como aconteció con la Asociación Nacional de Manufactureros, reunida en Nueva Orleans, en la que se estableció el siguiente principio: "La buena fe debe constituir la base entre obreros y patronos, en todos sus tratos."

Y una Compañía de "Seguros Contra Huelgas," como la que se pretende constituir en Indianópolis, Estados Unidos.

Una Compañía semejante sería el trust del capital en su lucha contra el trabajo, y su fuerza sería incalculable, pues los obreros no podrían contar ya para lo sucesivo con las pérdidas de sus patronos, para obligarlos á acceder á sus exigencias; esta Compañía hará evolucionar por completo el carácter actual de la huelga.

Por último, no puedo dejar pasar inadvertidas en el examen que vengo haciendo, dos cuestiones sumamente importantes, y son el estudio de los trusts y la comparación que os ofrecí hacer de la obra de Carnegie, comparada con la de Cecil Rhodes, en Africa.

Los trusts son una de las más vastas combinaciones financieras, inventadas por los multimillonarios americanos.

Un trust se asimila mucho á lo conocido entre nosotros por monopolio, con la diferencia de que el antiguo monopolio se fundaba en un privilegio excepcional concedido por el Gobierno, privilegio que quedó abolido por nuestra Constitución, y el trust no se funda en privilegio alguno especial, sino únicamente en los millones de dollars de los individuos que forman semejantes sociedades.

El trust es enemigo declarado de las pequeñas industrias, á las que hace una guerra encarnizada y á muerte, estableciendo una competencia que no pueden sostener los pequeños capitales industriales que generalmente son destruídos sin misericordia.

Aquí, en los trusts, vemos cómo el capital se declara enemigo terrible del trabajo en una escala inferior á la que él desarrolla.

Actualmente el rey del trust lo es Pierpont Morgan, que tiene, á su vez, un enemigo formidable, el mismo Presidente Roosevelt, de la Unión Americana, quien ha sido suficientemente enérgico para hacer votar al Senado en sesiones extraordinarias, leyes salvadoras para el comercio y la industria y que atacan muy directamente á los trusts.

Y así se ha visto que después de votadas estas leyes, mientras el Presidente Roosevelt aprovechaba sus últimas vacaciones cazando leones en los alrededores de Cinnabar, la Corte de San Luis Missouri condenaba á Morgan á pagar una fuerte multa por haber conspirado contra la ley anti-trust; pues bien, no obstante de que conocemos los efectos desastrosos de los trusts,

para las pequeñas industrias, que son, indudablemente, las más abundantes, y que, por lo tanto, hay que proteger más, aun no tenemos una ley anti-trust, que venga á ampararlas y defenderlas.

Todo lo contrario, sin comprender el alcance económico de la cuestión, contribuimos poderosamente á la formación de los trusts, como ha sucedido muy recientemente con el trust cigarrero que tiene como Presidente al Sr. S. F. Heat.

Hoy por hoy, no hay que temer la alza inmoderada del artículo por la formación de esta Compañía, porque afortunadamente aun no se encuentra en condiciones de hacer una fuerte competencia á los demás industriales en el ramo, competencia que le resultaría perjudicial, porque en la República puede ensancharse el cultivo del tabaco hasta límites imposibles de precisar, lo que traerá consigo la concurrencia de fuertes y quizá más poderosos capitales que hagan pendant á la nueva empresa.

Tampoco estamos exentos de los perjuicios que causan los trusts, y puede decirse que ya éstos han pretendido hacernos sus víctimas.

El poderoso Rockefeller, con su trust del "Standard Oil," adquirió en propiedad la línea ferrocarrilera de San Luis Potosí á Tampico, y lo primero que hizo fué modificar aumentando las tarifas que la antigua empresa tenía establecidas para el transporte del petróleo, estorbando de este modo la salida de los productos de los grandes capitales actualmente invertidos en las explotaciones petrolíferas de la costa de Tamaulipas. Pero afortunadamente, contra esos trusts ferrocarrileros, que son por hoy los más peligrosos para nosotros, se ha dejado sentir ya la acción previsorá del Gobierno,

estableciendo un control efectivo que ha tenido torpes detractores, pero que, en realidad, es digno de todas las alabanzas de los buenos.

El Gobierno mexicano ha conseguido asegurar su predominio en las interesantes líneas del Interoceánico y del Ferrocarril Nacional Mexicano, adquiriendo acciones que le dan una mayoría importantísima en las decisiones del "Voting Trust."

Con la preponderancia del Gobierno sobre la vía nacional de Tehuantepec, sobre el Interoceánico, y sobre el Ferrocarril Nacional Mexicano, el "control" será de suma importancia, pues una vez que el Interoceánico sea vía ancha, la República contará con un sistema completo que, no solamente la libraré de las brutales opresiones de esas gigantescas fuerzas que hoy sujetan la acción libre y expansiva de una nación tan poderosa como la República de Norte América, sino que le permitirá colocar entre su "Activo" un valor de gran porvenir. Bien por el Señor General Díaz, que en su acción altamente moralizadora, ampara "los grandes intereses nacionales contra las maniobras expoliadoras de esas brutales concentraciones del capitalismo moderno, en pugna con esa inmensa legión de indefensos, que se llama el público."

He concluído. De todo lo que dejo expuesto, resulta palpable que el Capital y el Trabajo ofrecen dos aspectos muy interesantes en la vida económica de todos los pueblos. Uno, el principal, el que siempre debe constituir el ideal eterno en todas las naciones del globo, es el de una perfecta armonía entre esas dos fuerzas, Capital y Trabajo.

El otro, por el que siempre deben preocuparse los legisladores, al que hay que considerar como una verdadera enfermedad á la que hay que aplicar un pronto remedio, porque la sociedad sufre y se agota con la dolencia, es el aparente antagonismo que en ciertas ocasiones presentan estas dos fuerzas: Capital y Trabajo.

Si se me dijera que personalizara esos dos aspectos, diría que la armonía es Carnegie y que el antagonismo es Cecil Rhodes.

En efecto, mientras que Carnegie regala millones al trabajo, Cecil Rhodes arranca y arrebatá á los boeros sus riquezas de Johnsburgo y de Pretoria; mientras Carnegie lucha con Booker T. Washington, por la emancipación de la raza negra en los Estados Unidos, Cecil Rhodes lucha por la esclavitud de un pueblo, como el boero, que es grande en sus triunfos y heroico en sus derrotas.

Mientras Carnegie lucha por la expansión del trabajo y por su libertad, levantándose como un gran caudillo sobre la fuerza incontrastable de sus millones, Cecil Rhodes lucha por la pérdida de una soberanía, rodeando al Transvaal con el cinturón formidable de las ciudades enemigas, que se levantan en las fronteras de las Repúblicas, muertas al conjuro de los millones de Rhodes.

Mientras Rhodes encuentra el apoyo del Gobierno inglés para sus proyectos de vasallaje, Carnegie encuentra el apoyo del mundo entero para sus obras filantrópicas, y mientras Cecil Rhodes va á la tumba, llevando la maldición del pueblo boero, Carnegie vive aún con las bendiciones de la humanidad entera.

¡Oh Carnegie! ilustre benefactor, que jamás respire tu bondad los miasmas que emponzoñaron el alma de Rhodes, y que siempre tus días se vean iluminados con

ese girón de gloria que hoy visita mi querida Patria con la presencia de los generales boeros que vienen en pos de hospedaje al territorio nacional!

Y tú, mi querida Patria, que eres grande en la lucha y grande en la paz, no olvides con tus sabias leyes al trabajador, á esa generosa colmena de tu progreso, á esa humilde hormiga de tu prosperidad; tu misión es muy grande para con él, él ha sido el firme sostén de tus instituciones y de tus libertades, él ha sacrificado su vida en aras de los grandes principios de tu democracia, él ha sido el factor importantísimo de tu estabilidad. Es tiempo ya de que lo hagas feliz, es tiempo ya que del seno de la Representación Nacional brote una ley que lo salve del naufragio de las huelgas y del abuso de los patronos, una ley equitativa y justa, para que seas la primera nación del orbe que inscriba entre sus instituciones el principio soberano de que la armonía siempre debe existir entre el Capital y el Trabajo.

México, 25 de Julio de 1903.

LUZ YARZA.

HISTERIA.

La sombra del misterio envolvía á la Madre Naturaleza. El arcano insondable guardaba en su seno la materia prima que brotara de las manos del Creador. La formación de los seres que habitaran el infinito, surgió á semejanza de la dorada espiga que brota en las sementeras y fué á disipar con argentada luz la negra obscuridad del firmamento, y . . . entonces hubo vida y la naturaleza despertó de su letárgico sueño, y uno por uno de los seres que la poblaran exclamaron en armonioso concierto: "Gloria á Dios en la alturas."

Y esto que decimos del Universo-mundo, ¿no podríamos aplicarlo igualmente á la vida animal? Ahí, adonde el hombre ha descifrado el enigma de las circunvoluciones fisiológicas, adonde el estudio ha establecido su trono y adonde la Medicina, la augusta matrona de las ciencias de observación, ha fijado sus sorprendentes leyes.

Cuando nos remontamos en alas de la fantasía, atravesamos el inmenso océano de los tiempos, y nuestra vista tropieza con los gigantescos monumentos de los primeros pueblos que hollaron con su planta el suelo de nuestro planeta, y en ellos encontramos los simbólicos jeroglíficos que nos refieren la lucha que el hombre ha